

QUINTANA, MANUEL JOSÉ (1772 – 1857)

*LAS REGLAS DEL DRAMA*

ÍNDICE

ADVERTENCIA

PARTE PRIMERA.  
Preceptos generales.

PARTE SEGUNDA  
Tragedia.

PARTE TERCERA  
Comedia.

ADVERTENCIA

El siguiente opúsculo se escribió treinta años ha para el concurso abierto a los poetas por la Academia Española en 1791. A ninguna de las obras presentadas se adjudicó entonces el premio; y en verdad que si todas eran como ésta, ninguna le merecía. Olvidada después, y aún perdida por largo tiempo, ha venido casualmente a manos del autor uno de sus antiguos borradores, cuando se estaba acabando la edición de estas Poesías. Su imperfección es tal, que no puede darse a luz sino como mera tentativa de un principiante, el cual no había cumplido a la sazón veinte años de su edad, y por lo mismo carecía de las fuerzas y doctrina necesarias para una empresa tan ardua. Se ha creído conveniente, sin embargo, añadirle aquí por apéndice, para evitar que alguno se tome en adelante la libertad de imprimirla con todo su desaliño y sus descuidos, habiéndose procurado ahora limpiarla algún tanto de ellos, para hacerla menos indigna del público.

PARTE PRIMERA.

*Preceptos generales*

Aquel noble artificio y dulce encanto

Con que el drama en la escena se atavía  
Voy en verso a mostrar, si puedo tanto.

Sabia naturaleza, que allá un día  
De este don de imitar fuiste inventora,  
Sé mi maestra, y mis acentos guía:

Tú que del Tajo aurífero a la aurora  
Ya en danzas le presentas, ya en escenas,  
Donde se alegra el hombre y donde llora,

A pesar de sus míseras cadenas,  
Del español a vista el peruano  
Renueva y pinta sus antiguas penas;

Y al ver el espectáculo inhumano  
En que el inca infeliz gimiendo espira,  
Grita y maldice a su opresor tirano.

Si baila el iroqués, ¿a quién no admira  
La fuerza sin igual del movimiento  
Que horror, fiereza y mortandad respira?

Crece por puntos su furor violento;  
A quien le atiende a estremecerse obliga;  
Las voces parten, y resuena el viento.  
Hay pues un arte de imitar, que amiga  
Dicta naturaleza en donde quiera  
Para alivio del hombre en su fatiga.  
Arte, cual las demás, pobre y grosera,  
Cuando de instinto aún rudo era guiada  
En el principio de su gran carrera.  
Creció después, y por el genio alzada,  
Fue a la cumbre del Pindo, en que se asienta  
De majestad y gloria coronada.  
Tú, que con frente de laurel sedienta  
Ansias allá subir, ¿has por ventura  
Visto si el genio tu ambición alienta?  
Si en ti no sientes de su llama pura  
El generoso ardor, al arte en vano  
Tu mente estéril recurrir procura.  
Podrá sin duda señalar la mano  
Del sabio Estagirita aquel camino  
Que evite yerros al talento humano.  
Mas sus áridas reglas el divino  
Esto jamás vivificar supieron

Que preside al poético destino.  
Así las obras de Alcidón cayeron,  
A despecho del lánguido artificio  
Y el helado compás con que se hicieron.  
En vano en un solemne sacrificio  
Rogó al délfico dios que le prestase  
Su dulce fuego y su favor propicio.  
Por más que ofrendas mil le presentase,  
Del dios ingrato en galardón recibe  
Que cualquier que le oyera bostezase.  
Aprenda a escribir bien, puesto que escribe;  
Y solícito indague los primores  
Que el gusto, unido a la razón, prescribe.  
Mas no hasta el estilo: de colores  
Se viste el iris y también la rosa,  
Él en las nubes y ella entre las flores;  
Y apenas llega en ilusión graciosa  
Los ojos a halagar, cuando perdida  
Se ve entre sombras su apariencia hermosa.  
Tal de nervio y saber destituida,  
A pesar de su halago va cayendo  
Toda liviana fábula, y se olvida.  
Antes que escribas, piensa; y disponiendo  
Desnudo el argumento allá en tu mente,  
La pluma irá adornándole y vistiendo.  
Que en el germen se encierra estrechamente  
El árbol antes que crecer se vea,  
Y ornar de frutos su pomposa frente.  
Una acción sola presentada sea  
En solo un sitio fijo y señalado,  
En sólo un giro de la luz febea(2).  
En ningún episodio extraviado  
Escena suelta o de interés vacía  
Su curso ha de pasarse acelerado.  
Que atenta a complacer el ansia mía  
La dramática acción, siempre animarse  
Quiere y crecer, y por su fin porfía.  
Con igual rapidez suele mirarse  
De una piedra al caer el movimiento,  
Y siempre más y más acrecentarse.  
Do nazca el interés, su nacimiento  
Ha de tener la fábula; exponerla  
Con arte y brevedad debes atento.  
Después adelantándose, envolverla  
Puede el choque de afectos e intereses,  
Y los mismos también desenvolverla.

Si trazar temerario pretendieses  
Un enlace difícil, y cansarte  
Y agotar tu cerebro en él quisieses,  
¿Quién de aquel laberinto ha de sacarte?  
¿Un pariente que allí de Indias viniera?  
Un billete arrojado en cualquier parte?  
¿Un dios que baja de su augusta esfera,  
Y con su omnipotencia rompe el nudo  
Que el autor deslazar por sí debiera?  
Si su ingenio es tan pobre, yo no dudo  
Que, descontentos patio y galerías,  
De aplauso al fin le dejarán desnudo.  
El capricho, el temor, las fantasías  
Del sexo delicado a cada instante  
Llevan su genio por diversas vías.  
Así ligero, fácil, inconstante,  
Cede al impulso, cual el junco cede  
Al aliento del céfiro sonante.  
Nunca elevarse como el hombre puede  
Ni a la gloria aspirar; mas en finura  
De ver y de sentir siempre le excede.  
La sencilla inocencia y la dulzura  
Órnale a veces, otras la mentira  
Le acompaña y la pérfida impostura.  
Aquí amarás la candidez de Alcira(3)  
Allá la falsedad de Celimena(4)  
Desprecio a un tiempo y compasión te inspira.  
Mas cuando la pasión le desenfrena,  
Audaz entonces y violento grita,  
Rompe los diques, de furor se llena.  
Entonces al horror se precipita,  
Y esposo y prole con terrible muerte  
La maga fiera(5) castigar medita.  
Diversos fines y diversa suerte  
Natura al hombre dio: más energía,  
Mayor constancia y ánimo más fuerte.  
Su robustez, empero, en grosería  
Verás volverse en unos, rodeada  
De altivez y de orgullo y de osadía.  
En tanto que en su pecho otros morada  
Prestan a los más bellos movimientos  
De la franqueza y rectitud sagrada.  
Las pasiones en él, los sentimientos  
Del todo se descubren, no oprimidos,  
Cual son en la mujer, ni tan violentos.  
Que menos fieros cuando están tendidos

En su llanura inmensa son los mares,  
Que bramando y luchando comprimidos.  
De aquí mil diferencias singulares  
Podrás de un sexo y otro hallar, si atento  
Con vista penetrante las buscares.  
A la manera que del raudo viento  
Las aves hienden las regiones frías,  
Cada cual con su rumbo y movimiento;  
Así los hombres por diversas vías  
Cruzan el ancho mundo, y diferentes  
En genio son, costumbres y manías.  
A nadie sin carácter me presentes:  
Defecto tan mortífero en la escena,  
Como vicio insufrible entre las gentes.  
La misma ley sin excepción ordena  
Que el que una vez le diste ese le guarde,  
O a silbo y menosprecio te condena.  
Pinta al mancebo que en amores arde  
Siempre brioso; débil al anciano,  
De experiencia y consejo haciendo alarde.  
Arrastrado, engañoso al cortesano,  
Abatido al plebeyo, al juez severo  
Sea suspicaz y pérfido el tirano.  
El pueblo con aplauso lisonjero  
Interrumpe mil veces impaciente  
A aquél cuyo pincel es verdadero,  
Y que con fácil diálogo elocuente  
Anima vivamente a sus actores,  
Según la situación que le presente.  
¡Oh vosotros, sensibles escritores,  
Que por la gloria ardéis, si venerados  
Ser queréis de los siglos posteriores,  
Si en cualquiera región idolatrados,  
Tened en el gran libro de natura  
El estudio y afán siempre ocupados;  
Que eterna duración no se asegura  
Quien de bellezas sólo y de pasiones  
Y gustos de un país su fondo apura.  
El tiempo, que anonada las naciones  
En el mismo sepulcro, al fin derriba  
Sus efímeros usos y opiniones;  
Mas no la ley que permanente y viva  
Manda y anima al corazón humano,  
Y en el orden del mundo eterna estriba.  
Lloramos aún de Antígona el temprano  
Y horrendo fin, y aún hiere nuestra mente

La triste Electra en brazos de su hermano  
No debe, empero, el escritor prudente  
Oponerse con ciego atrevimiento  
Del pueblo al gusto y de la edad presente.  
Como sabio pintor, el ornamento  
Ceda al gusto local, mas las figuras  
Tomen del natural su movimiento.  
A fuer de caprichosas hermosuras,  
Que desdeñan tal vez un tierno amante,  
Y se agradan de un fatuo en las locuras:  
Así yo he visto al público inconstante,  
A la divina Fedra despreciando,  
Aplaudir un bufón vil e ignorante.  
Pero tú, sus caprichos no cuidando,  
Harás que siempre en tu labor unidos  
El genio y la razón vayan guiando.  
Tus escritos entonces esclarecidos  
Se grabarán del mundo en la memoria,  
Consolando los pechos afligidos.  
De la envidia y la crítica, victoria  
Alcanzarán, y de esplendor vestida,  
En torno de ellos volará la gloria.  
¡Cuán lejos de ella están, cuán abatida  
La suerte es de los míseros que escriben  
Por dar sustento a su arrastrada vida!  
Las nueve diosas que en el Pindo viven  
De su codicia sórdida se ofenden,  
Y la entrada a su templo les prohíben.  
Ellos en tanto a la ganancia atienden,  
Y absurdo sobre absurdo amontonados  
Contempla la razón en cuanto emprenden.  
Naturaleza y arte abandonados,  
Los gustos del vulgacho extravagante  
Son allí solamente regalados;  
La decencia olvidada... Tú, brillante  
Deidad de la ultrajada poesía,  
Este agravio fatal venga al instante.  
Castiga la famélica osadía  
De la caterva estúpida y grosera  
Que anubla el lustre de la patria mía(6)

Dejad, oh miserables, la carrera,  
Dejadla a los espíritus sublimes,  
A quienes solamente es lisonjera.  
Espíritus celestes, que tú animes,  
Sagrado Febo, y do la llama pura

Del genio ardiente y creador imprimes  
Para gloria del mundo y su ventura.

## PARTE SEGUNDA

### *Tragedia*

Bien fue sin duda venturoso y digno  
De renombre inmortal el hombre osado  
Que al ver la fiesta celebrar del vino,

Del carro a la vendimia consagrado  
Supo alzar a Melpómene sangrienta  
Su terrible y magnífico tablado.

¡Evoe! clamaba ronca y turbulenta  
La viñadora gente: ¡Evoe! sonaba  
El eco en torno que el aplauso aumenta.

Mofaba ora mordaz, y ora cantaba,  
Y la faz insolente y atrevida  
Con heces y con pámpanos velaba.

Ora de alguna acción esclarecida  
La gloria discantaba en noble acento,  
Siempre con gusto y suspensión oída.  
Y en medio del bullicio y del contento  
Que el agreste espectáculo esparcía  
Por todo el campo, a su impresión atento,  
Dando vuelo a su inmensa fantasía,  
Y aspirando a más gloria, Esquilo dice:  
«Ceda esa estéril rústica alegría  
»A impresión más augusta: el infelice,  
Gemido de dolor el alma hiera,  
Y el destino cruel la aterrorice.  
»Tome vida y acción lo que antes era  
Simple contar; el diálogo lo anime,  
Y que actor con actor hable y confiera.  
»Sea su lenguaje espléndido, sublime,  
Cual lo es su dignidad y sus pasiones,  
Cual lo es la acción que en su ademán exprime.  
»Y den fuerza y valor a sus razones  
Grande local, majestuoso arreo,  
Máscara que ennoblezca sus facciones.»

Dijo; y muestra clavado a Prometeo  
En la cima del Caúcaso eminente,  
A las iras de Jove alto trofeo.  
Alza el puñal la esposa delincuente,  
Y ante sus mismos lares confundidos  
Cae y agoniza Agamenón valiente.  
Y de orgullo y piedad a un tiempo heridos,  
Los griegos ven confuso y derrotado  
Al déspota del Asia dar gemidos(7).  
Y siempre al fiero contrastar del hado  
Desplomada mostrar la gran columna  
Do el humano poder se ve asentado.  
Tal la tragedia apareció en su cuna,  
Grande, terrible; escuela y escarmiento  
A la adversa y la próspera fortuna.  
Aquel pues que levanta el pensamiento  
Y la áurea palma conseguir desea  
Que promete este campo a su talento,  
No entienda, incauto, que a expresar la idea  
Del modelo moral que anda buscando  
La condición común bastante sea.  
¿Por ventura el arroyo que, vagando  
Entre flores y guijas mansamente,  
Aduerme el valle en su murmurio blando,  
Podrá expresar al rápido torrente  
Cuando, precipitándose y cayendo,  
Los árboles arranca ferozmente,  
Las rocas arrebatada, y con su estruendo  
Atronando las selvas, espantadas  
Se ven fieras y ninfas ir huyendo?  
Siempre formas en grande modeladas,  
Peligros siempre en la borrasca fiera  
De Pasiones violentas y encontradas,  
Siempre terror. Cuando la vez primera  
Melpómene a los genios se mostraba  
Delicias dulces de la Grecia entera,  
En su ademán augusto respiraba  
El vivo afán, el sentimiento crudo  
Que su agitado corazón llenaba.  
Sobre su pecho cándido desnudo  
Ondeaba el dolor; su mano hermosa  
Armada estaba de puñal agudo.  
La cólera terrible, impetuosa,  
La ambición, la venganza ensangrentada,  
En pos marchaban de la triste diosa.  
Y ella entre tanto sin cesar guiada



De un inflexible aterrador destino,  
Que en ordenar catástrofes se agrada;  
Menos fiera después, otro camino  
La moderna Melpómene escogiendo,  
Más que aterrar, a enternecer se avino  
Y despojada del severo atuendo  
Que en la escena ateniense la seguía,  
De sólo amor se la escuchó gimiendo.  
Más dulce voz, más plácida armonía  
Adquirió así tal vez; más degradarse  
Se vio el coturno con vergüenza un día.  
Fuerte, desesperada ha de pintarse  
La pasión del amor, dominadora,  
Que no pueda esconderse ni enfrenarse:  
Es la llama de Venus vengadora,  
Que en alas de un frenético deseo  
Inhumana su víctima devora.  
Tal con piedad y con espanto veo  
Hecha presa de bárbaros dolores  
A la infeliz esposa de Teseo.  
Ella sabe y conoce sus furores,  
Y teme que aún las bóvedas y muros  
Han de ser de su culpa acusadores(8).  
Triste desecho de los seres puros,  
Huye del sol que avergonzarla debe,  
Y a los recintos se recoge oscuros.  
Se alimenta de hiel, lágrimas bebe,  
Y la muerte espantosa que la espera  
Es el dios sólo que a implorar se atreve.  
Dolor, siempre dolor, y cuando muera  
Ni un momento el más corto de bonanza  
Habrá gustado la infeliz siquiera.  
Perdida, en fin, paciencia y esperanza,  
A nada atiende, en su aflicción sumida,  
Y de sí contra sí toma venganza.  
Rinde a su ciego frenesí la vida,  
Amor ostenta su terrible mando.  
Y el alma lo contempla estremecida.  
Hubo en tanto un mortal(9) que, abandonando  
De piedad y terror la usada vía,  
Con nuevo lauro su cabeza ornando,  
Otra supo elegirse. Todavía  
Una mente mayor le diera el cielo  
Que a aquellos héroes que pintar debía.  
Y él, elevando el generoso vuelo  
A la región etérea, allí domina

Y de allí instruye al admirado suelo.  
En Roma Augusto perdonando a Cina,  
De su rival el defensor severo,  
Y la sensible y celestial Paulina;  
De Leontina el arrojado noble y fiero,  
Y el gran Pompeyo en su fatal caída,  
Haciendo estremecerse el mundo entero,  
Arrebatan mi mente, complacida  
Al ver la fuerza de la sabia mano,  
Y a la naturaleza ennoblecida.  
¡Salve mil y mil veces, soberano(10)  
Genio inmortal que digno debería  
Ornar el espectáculo romano,  
Cuando la libertad engrandecía  
De los hijos de Marte el fuerte seno,  
Y el orbe al Capitolio obedecía!  
Mas no por tanto de alabanza ajeno  
Es del vicio el pintor, si lo expusiere  
De horror funesto y de vergüenza lleno.  
Igual provecho a mi razón adquiere  
El feroz Catilina, que bramando  
Odia a su patria y destrozarla quiere,  
Que el generoso Régulo, espirando  
Al rigor de la púnica fiereza,  
A Roma y al honor su fe guardando.  
La sencillez hermana a la riqueza  
El genio cuando imita, y hermosura  
Añade a tu beldad, naturaleza.  
Mas otra tosca imitación impura  
Amontona y recarga los colores  
Como para dar fuerza a la pintura.  
En el potro presenta los dolores,  
Empapa con la sangre a la venganza;  
Y no saciada en lástimas y horrores,  
A los sepulcros lóbregos se lanza,  
Y se complace al ver estremecerme  
Del placer inhumano que me alcanza.  
¿Por qué a la vista, bárbaro, ponerme  
Acciones tan horribles? ¿Es tu intento  
El pecho desgarrarme, o conmoverme?  
¿Por qué Fayel frenético, violento,  
Presentar a la mísera Gabriela  
Del triste amante el corazón sangriento(11)?  
El trágico escritor que dar anhela  
Fuerza y verdad a su pincel lozano  
La historia estudie en incesante vela.

Otro color requiere el africano  
En sus costumbres bárbaras dobladas,  
Que el pulido francés y el fuerte hispano.  
Y pide diferentes pinceladas  
La ligereza de la edad presente  
Que la fuerza y candor de las pasadas  
Presentó en nuestra escena un imprudente  
Al héroe de Suecia enamorado,  
De la historia a pesar que le desmiente  
Burlóse el mundo de él. Tú, escarmentado,  
Siempre darás al héroe conocido  
El genio que la fama le haya dado.  
Hipólito, en el campo endurecido,  
Aborrezca, deteste a las mujeres,  
Por razón, por capricho, o por olvido.  
Si al vencedor del Asia me expusieres,  
Magnánimo, colérico, ambicioso,  
Juguete de la gloria y los placeres.  
Platón firme, sublime, virtuoso.  
Cual fuerte escollo a turbulentos mares,  
Resista a los tiranos valeroso.  
Si nuevos personajes inventares,  
Que dignos todos del coturno sean(12);  
Y aunque excedan los límites vulgares,  
Nunca es bien que fantásticos se vean,  
Ni que en sus gigantescas expresiones  
Absurdamente deslumbrarme crean.  
Tienen, sí, su lenguaje las pasiones:  
Siempre van arrojándose con ruido,  
Del furor inflamadas las razones;  
Pero el triste dolor es abatido;  
Y Edipo, cuando rey soberbio y fiero,  
Derrocado gimió, lloró caldo.  
Muéstreme sentimiento verdadero  
Quien mover quiera el sentimiento mío:  
Para hacerme llorar llore primero;  
Porque o bien me adormezco, o bien me río,  
Reina infeliz de Trova, al contemplarte  
Ante tu desolado poderío,  
En vez de suspirar y lamentarte,  
Los pueblos describir pomposamente  
Que enemigos vinieron a arruinar(13).  
Cuide, por fin, el escritor que intente  
Llegar del arte a la eminente cima  
Y su aplauso extender de gente en gente,  
Que el trágico puñal con que lastima

El pecho del oyente estremecido  
Verdades grandes y útiles imprima.  
Pues es seguramente afán perdido  
Afán que sólo en deleitar se emplea  
Y el fruto del saber pone en olvido.  
Tú a más noble ambición alza la idea,  
Y de pueblos y príncipes a una  
Lección insigne la tragedia sea(14).  
Ella les muestre sin reserva alguna  
El miserable término a que llegan  
Los hijos del poder y la fortuna,  
Cuando su mente a la prudencia niegan,  
Y al horrendo huracán de las pasiones  
O Husos o frenéticos se entregan.  
Deliran ellos, sufren las naciones,  
Se ofende el cielo, y su terrible ira  
En crímenes estalla, en aflicciones,  
Que el pueblo espectador temblando admira(15)

### PARTE TERCERA

#### *Comedia*

Tú siempre amable, celestial maestra  
De la vida y costumbres, oh Talía,  
Ven, y a mi vista tus halagos muestra,

Y que enseñando la difícil vía  
En que tú esparces tus preciosas flores,  
Tenga dichoso fin la empresa mía.

Tú, enemiga de lástimas y horrores,  
Con burla aguda y con festiva frente  
Das a entender al mundo sus errores.

Tú, aunque el vicioso dispararse intente  
Sorprendes la mirada, el movimiento  
Que su intención oculta hace patente.

Tú acecha, en su arcón al avariento,  
Y en la faz del hipócrita embaidora  
Descubres la perfidia en un momento.  
Tú, en fin, pintas al hombre. Él atesora

En sí tantos motivos de mudanza,  
Que nunca fue después lo que es ahora.  
Si en nada pues el alma se afianza,  
¿Do está, dime, aquel punto inalterable  
En que se fija el fiel de su balanza?  
¿Será por las costumbres explicable?  
Será por los principios? La fortuna  
En los suyos a Alcino hizo mudable.  
¿Serán las opiniones? Mas ninguna  
Dejará de afectar el vil Dorante  
Cuando a su torpe fin es oportuna.  
Explora la pasión más dominante,  
El loco en ella sola es consiguiente,  
Y por ella se fija el inconstante;  
Y ella sola encontrada, fácilmente  
El cuadro resplandece iluminado,  
Y Alipio se descubre enteramente.  
Sabio aquí, loco allá, siempre vezado  
A engañar y a mentir, ¿cómo podría  
Ser el pérfido Alipio retratado?  
La vanidad, el interés le guía;  
Así dicterios lanza y acumula  
Aún contra aquellos que elogiar debía.  
Fíngese tierno, y altivez simula  
¿El menor interés le es ofrecido?  
Vende o un amigo, y al poder adula.  
Por su sal y donaires acogido,  
De mil buscado con ardor comienza,  
De mil acaba siempre aborrecido.  
¡Oh, si es dable en tal ánimo vergüenza,  
Bien haya aquel que se la inspire cuando  
Tan profunda doblez imite y venza!  
Estúdiase la corte, y comerciando  
Veráse allí la adulación grosera  
Con el humo enfadoso que está echando.  
Y también la arrogancia que, altanera,  
Aquel humo en sustancia convirtiendo,  
Lo paga neciamente, y más espera.  
Ve por plazas y fondas discurriendo,  
Y mil necias locuras y manías  
Irás de todas partes recogiendo.  
Mil necedades de que tú te rías,  
Que puestas y adornadas en la escena,  
Las de otros mil enmienden y las mías.  
Molière así para admirar al Sena,  
Antes de la moral filosofía,

El alma tuvo en los tesoros llena.  
Después ceñido el zueco de Talía,  
Su nación y los hombres estudiaba,  
Y provincias y pueblos discurría.  
Así marqueses fatuos azotaba,  
Y la ignorancia y frases fastidiosas  
De charlatanes médicos burlaba.  
Así de las pedantas, aunque hermosas  
El falso gusto y el saber mezquino  
Desterró con sus sales poderosas.  
Así al vil impostor del rostro indigno  
La máscara arrancaba... ¿A tus pinceles  
Quién igualó jamás, pintor divino?  
¡Oh cuánto precipicio estos laureles  
Por todas partes cerca, y cuán forzoso  
Es, oh poeta, que en tu riesgo veles!  
Del sueño y de la noche el vergonzoso  
Hijo(16) también se burla de las gentes,  
Y persigue sus faltas malicioso;  
Pero con carcajadas insolentes,  
Con torpes gestos mil desvergonzados,  
Con dicerios insulsos o indecentes.  
Mil autores le siguen desalados  
A los templos de Baco, do se arrear,  
Y de inmundicia y hiel salen cargados.  
Después todo lo manchan y estropean,  
Y con sus truhanescas expresiones  
Las gracias todas de la escena afean.  
De ella escapad, frenéticos bufones;  
Copias infames componed, y dignas  
De vuestros corrompidos corazones.  
Romances que, aturdiendo las esquinas  
En boca de algún ciego que los cante,  
Del Avapiés diviertan las vecinas.  
Dichoso aquél que con su sal picante  
Sazonando el estilo, en la soltura  
Es a la mariposa semejante;  
El que con mano fácil y segura,  
Como quien en su intento va burlando,  
Da chiste y semejanza a su pintura;  
El que, genios con genios contrastando,  
De belleza en belleza siempre gira,  
Situaciones felices encontrando.  
Tartuf se escandaliza y se retira  
Al ver de una sirvienta libre el seno,  
Y en el nombre de Dios busca el de Elmira.

Mira a Harpagón que, de codicia lleno,  
Va a prestar su dinero a enorme usura,  
Haciendo logro con el vicio ajeno;  
Y escúchale en su cómica aventura  
Herir con maldiciones repetidas  
Del hijo que allí encuentra la locura(17).  
Aquí el amor sus flechas encendidas  
Anda a los corazones disparando,  
Mas de ponzoña y hiel nunca teñidas.  
No es aquel fiero dios que desgarrando  
Se presenta en Melpómene inclemente,  
Más festivo y artero, activo y blando.  
Si se ve complacido, alegremente  
Bate las alas; un mirar le irrita,  
Y otro mirar le aplaca fácilmente.  
Sus artes todas, inventivo, excita,  
Cuando padres avaros o severos  
Combaten con el ansia que le agita.  
¡Oh delirios, delirios lisonjeros,  
Qué tiernos movimientos excitarse  
Siento en mi mente, y qué placer al veros!  
Mas a exacta verdad siempre ajustarse  
Debe el amor, cual las demás pasiones,  
Sin excederse nunca ni abultarse.  
Que si delante de mis ojos pones  
Vestida cual Melpómene a Talía,  
Y de tristeza y llanto la compones,  
¿Cómo quieres que al verla no me ría,  
Perdido el chiste y la genial soltura,  
Lúgubre y fiera, o fastidiosa y fría?  
A veces, es verdad, su ingenio apura  
En la vida ordinaria, y se divierte  
Llena de gravedad y compostura.  
Tal en el bello templo se la advierte  
Que tú, culto Terencio, la elevaste,  
Digno de eterna y venturosa suerte.  
No hay a tal perfección gloria que baste  
Tú un gran talento, de imitar seguro,  
Con la decencia y la elegancia ornaste.  
El remanso más plácido y más puro  
De clara fuente en el ameno prado,  
Jamás tocada de animal impuro,  
Donde se ve fielmente retratado  
Cuanto hay en torno de él: así es tu estilo  
Gracioso siempre, y siempre delicado.  
Fuera buscar su nacimiento al Nilo

Buscar en donde la comedia hispana  
Tuvo naciendo su primer asilo.  
Vagando aquí y allá, su edad temprana  
Pasaba festejando los altares,  
Que con sus rudas fábulas profana  
O bien con despropósitos vulgares  
En pobre estilo ocupación grosera  
Daba en pública plaza a sus juglares.  
Y todo su artificio entonces era  
Remedar con donaire y desenfado  
Ya un simple, ya un rufián, ya una ramera.  
Pudo con más estudio y más cuidado  
Buscar la sencillez griega y latina,  
Y en ella alzarse a superior traslado.  
Más esquivó, cual sujeción mezquina,  
La antigua imitación, y adulta y fuerte  
Por nueva senda en libertad camina.  
Desdeña el arte, y su anhelo convierte  
A darse vida y darse movimiento  
Que a cada instante la atención despierte.  
Igualó con su audacia su talento;  
Y el vuelo de su ardiente fantasía  
Llevaba enajenado el pensamiento.  
De sus versos la plácida armonía,  
Su rica acción, su diálogo animado,  
En que el ingenio nacional lucía,  
Eran el manantial del dulce agrado  
Con que a un pueblo impaciente arrebatada,  
Más de valor que de saber dotada.  
En vano austera la razón clamaba  
Contra aquel turbulento desvarío  
Que arte, decoro y propiedad bollaba.  
A fuer de inmenso y caudaloso río,  
Que ni diques ni márgenes consiente,  
Y en los campos se tiende a su albedrío,  
Tal de consejo y reglas impaciente,  
Audaz inunda la española escena  
El ingenio de Lope omnipotente;  
Y con su dulce inagotable vena,  
Con su varia invención, con su ternura,  
De asombro y gusto a sus oyentes llena.  
Más enérgico y grave, a más altura  
Se eleva Calderón, y el cetro adquiere  
Que aún en sus manos vigorosas dura.  
Dichoso si a la fuerza con que hiera,  
Si al fuego, si a la noble bizarría,



En que hacerle olvidar ninguno espere,  
Uniera su valiente poesía  
La variedad de formas y semblante  
Que a cada actor diferenciar debía.  
Nadie pudo emular su luz brillante  
Entre tanto rival; Moreto sólo  
Osó tal vez ponérsele delante,  
Cuando, inspirado por el mismo Apolo,  
Pintó el desdén de la sin par Diana(18),  
Haciéndola admirar de polo a polo.  
Tales de la comedia castellana(19)  
Los astros fueron ya; y en su destino  
Enseñan claro a la razón humana,  
Que si asiste al poeta el don divino  
De interesar y de animar la escena,  
Siempre se abre al aplauso ancho camino  
Y el ceño de la crítica serena.